Ejes conceptuales del pensamiento de Horacio Quiroga

En este trabajo se intenta precisar algunos conceptos teóricos del pensamiento de Horacio Quiroga, apoyándose en los cuentos que transcurren, ya sea real o utópicamente, en el espacio de la selva

Como es sabido, es al descubrir Misiones cuando el escritor experimenta un vuelco en sus ideas, al hallar una alternativa a la realidad social. Lo que despierta la realidad misionera en él es la convicción de haber encontrado el lugar exacto para llevar a cabo su formación personal, el ámbito idóneo donde realizar su ideal de hombre. Quiroga establece en esta geografía una práctica precisa por la que enraizar su existencia, después y al tiempo en que es golpeado por un azar tan intenso que semeja un destino implacable. De este modo, en torno a ese mundo natural va a desarrollar lo más característico de su pensamiento, aunque es innegable que la sociedad, que aparentemente lo ha expulsado de sí misma, persiste dejando una huella constante en su proyecto ideológico: una referencia intermitente, incluso una nostalgia de ella. Ahora bien, esta ruptura con la comunidad social no se acompaña de una relación completamente homogénea con la selva, por el contrario, es más bien una relación conflictiva que podría denominarse de «homogeneidad contradictoria». No es una casualidad el hecho de que la naturaleza en su producción cuentística sea por primera vez adversa y violenta.[1]

Hacia una descripción del pensamiento quiroguiano

Para penetrar en la cosmovisión del autor es preciso analizar los conceptos que laten internamente. Son éstos, fundamentalmente, los de ser individual, libertad y naturaleza, junto a otras categorías que de ellos devienen lógicamente. No es difícil localizar la genealogía de las ideas quiroguianas e identificar su corpus ideológico. (Sobre todo deben tenerse en cuenta los cinco últimos cuentos de *El Desierto, Los Desterrados* y otros como «El salvaje» o «Los fabricantes de carbón».) Este postula que la realidad social y el devenir se explican por medio del principio teórico de la esencia humana, concebida como libertad y razón. Si la libertad constituye su esencia, el hombre sólo sería libre en cuanto es razón. La libertad, entonces, es interpretada como propiedad del

[1] *Afirma Monegal: «Lo que él estaba descubriendo en plena selva sería el camino que habría de recorrer buena parte de la narrativa hispanoamericana de su tiempo, desde José Eustasio Rivera con su* Vorágine *(1924) hasta Rómulo Gallegos con su* Doña Bárbara *(1929)». Emir R. Monegal, «Tensiones existenciales. Trayectoria», en Angel Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), p. 16.*

hombre, como atributo metafísico. El cambio de actitud del autor se manifiesta en el giro particular que imprime a este planteamiento original: la sustitución de la razón por la voluntad. Desde este instante la razón ya no guía el despliegue de la libertad, la voluntad toma su puesto, se erige en vigilante exigente de la actividad espiritual. Complementariamente, el espacio natural reemplaza al social como posible marco armónico del ser humano.

De todo esto nace una doble consecuencia: *a)* la actividad arriesgada, que tiene el objetivo de forjar la personalidad y de hallar la norma moral propia; y *b)* la relegación a un segundo plano de la razón como medio para solucionar las contradicciones entre individuo y sociedad o realidad. Lógicamente, el esquema quiroguiano, subyacente en sus cuentos, va a ser el de la formación de un *hombre de carácter.* Esquema al que se pliegan la mayoría de los personajes con los que el autor se identifica, en la suposición de que una vida de confrontación es la única que puede concederle una razón suficiente a su existencia. Este tipo de hombre se define tanto por la adopción más exigente de la libertad, no ligada a base socio-histórica alguna —y, por tanto, metafísica— como por el individualismo más acendrado. Los medios para realizar este proyecto ideológico son la lucha ardua y el trabajo personal.

Así pues, Quiroga se encamina hacia la formulación de una norma ética fuertemente individual que se va a ver reflejada en sus cuentos, en los que surgen repetidamente personajes que han organizado sus vidas en torno a este código privado. En «Polea loca», el gobernador de la isla, después de abandonar todas las actividades de su cargo, ha decidido dedicarse exclusivamente a ocupaciones «naturales» y personales. De este modo, comenta el narrador: «mi hombre... proseguía balanceándose, muy satisfecho de la norma a que había logrado ajustar su vida». Y en el «desterrado» Van Houten se descubren preceptos semejantes: «... al punto de que parecía haber ajustado la norma moral de su vida a esta independencia de su trabajo».

Paralelamente, para el autor la esencia misma de la selva está formada por una unión contradictoria entre libertad y férrea voluntad de sus leyes. Esta doble apoyatura constituye la norma de conducta y vida de los seres selváticos, y los guía en su enfrentamiento y convivencia. Pero esta práctica, en realidad no es más que la misma ley que rige para el hombre de carácter: la existencia en constante peligro de muerte y en constante valoración del entorno:

> La normalidad de la vida en la selva es bien conocida. Las generaciones de animales salvajes se suceden unas a otras y unas en contra de las otras en constante paz, pues a despecho de las luchas y los regueros de sangre, hay algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz.[2]

Se puede extraer una conclusión de este planteamiento: la naturaleza es interpretada más allá de una escisión social. H. Quiroga se refiere al movimiento continuado, sin rupturas, heredado, de las especies; los seres y acontecimientos se *suceden,* la imagen del proceso es la de la evolución en el seno de la unidad de la naturaleza. Por esta causa, deduce una estabilidad entre pasado y futuro, una eternidad semoviente del mundo

[2] *Horacio Quiroga, «La patria», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 114.*

natural. En esta interpretación se descubre la idea de que la materia no se transforma cualitativamente, sino que permanece en su realidad íntima como algo estático, que registra exclusivamente un cambio estructural y uniforme, porque lo que cautiva a Quiroga de la selva es su identidad e inmutabilidad.

En el cuento «El salvaje», que da título a uno de sus libros, el autor expone una posible trayectoria de su pensamiento y las conclusiones alcanzadas. Por medio de un narrador intermediario, que aleja todo compromiso con lo que allí se relata, nos encontramos con un personaje que decide en su intención de purificarse, volver a los orígenes. En sus comentarios dice: «Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe...».[3] Al margen de las evidentes interpretaciones psicoanalíticas, lo que importa en este momento es la relación de semejanza con el árbol, en ella se delata la presunción de una naturaleza que vive y crece unificadamente según una «armonía sangrienta». Es la pretensión constante de lograr la autarquía vital, pero que conlleva aspectos reveladores de las alternativas teóricas de Quiroga: refractándose en contra de su afán de afirmación personal aparece esta pasividad de la planta —del árbol—, el simple crecer y existir como razón suficiente. Ataraxia efectiva que descubre su máximo atractivo en su evolución autónoma, encuadrada en un mundo ajustado perfectamente. Esa vida así integrada sería un simple movimiento orgánico, de sucesión o *acumulación* en el que nada se supera cualitativamente, en el que nada se escinde. De este modo, se manifiestan claramente las dos imágenes extremas entre las que el autor uruguayo-argentino oscila y que se complementan: la actividad individual e incluso íntima en la que se encierra y la fusión con el cosmos, el yo comulgando con la totalidad. Del extremo individùalista se pasa a la unificación supraindividual, marginando significativamente el estadio intermedio: la sociedad, la historia.

David Viñas apunta[4] en su *De Sarmiento a Cortázar,* que la marcha de Quiroga a la selva y el «rechazo de la ciudad mercantil» es preciso considerarlo como una «variante del viaje modernista y del anarquismo individual». Pero, si bien es cierto que ambos factores están presentes, no es menos cierto que la reacción y el rumbo de sus ideas tienen una conexión fuerte con un tipo de literatura que por las mismas fechas se producía en Europa: la narrativa de la aventura personal y de la experiencia arriesgada. Es decir, son las obras de autores como Joseph Conrad, T. E. Lawrence o Rudyard Kipling, en las que se encuentra el aventurero de los países lejanos, que hace del peligro su norma vital e intelectual. «La tierra nos enseña más que todos los libros, porque nos resiste. El hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo», dice Saint-Exupéry.[5] Y R. M. Albérès apunta:

> Porque solamente a través del riesgo es posible entender el mundo para «poseer algo más que a sí mismo, escapar de la vida polvorienta de los hombres que encontraba cada día». La aventura, desprovista de toda finalidad exterior, es la única experiencia de conquista en que el hombre puede situarse en relación con el mundo.[6]

[3] *Horacio Quiroga, «El salvaje», en* El salvaje *(Buenos Aires: Losada, 1963), p. 9.*

[4] *David Viñas,* Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar. *(Buenos Aires: Ediciones Siglo veinte, 1971), p. 55.*

[5] *Citado en R. M. Albérès,* Panorama de las literaturas europeas 1900-1970 *(Madrid: Al-Borak, 1972), p. 225.*

[6] *R. M. Albérès, ibid., p. 225.*

En estos narradores se reconoce también la importancia de la voluntad y la ambigüedad entre querer hacerse con una personalidad enérgica y la inmersión en la acción o en el entorno natural por el que alcanzar, paradójicamente, su anulación personal. Por otra parte, estas ideas no se hallan lejos de las tendencias anarquistas mencionadas por diversos críticos, ya que los presupuestos teóricos son semejantes: importancia de la acción, libertad absoluta, individualismo, valoración de lo natural, etc.

De esta manera, la dureza de la vida va haciendo al hombre quiroguiano más dominador de su entorno, le permite confiar en que su vida transcurrirá según el imperativo de esa norma moral que organiza su ser. En sus cuentos misioneros se van a repetir los personajes que viven sus experiencias con interna satisfacción en medio de condiciones difíciles: Dréver y Rienzi cargando el artefacto de cinc bajo el terrible sol de mediodía o sufriendo las temperaturas gélidas de la noche; el trabajo en la cantera de Van Houten bajo el mismo sol; la lucha contra el techo de incienso o la tranquilidad de Briand ante el inacabable diluvio. En estas vidas el acento está puesto sobre la dimensión moral, sobre la voluntad, y los datos que nos detallan determinada circunstancia no son tanto interés por conocer la realidad en torno, como por dejar bien claro las condiciones en las que el espíritu tiene que combatir y formarse. Por esto, los personajes que temerariamente prueban un bote en las aguas turbulentas del Paraná, al tiempo que una borrasca se aproxima, como acontece en «El yaciyateré», y la pugna por poner en marcha una máquina para fabricar carbón, tienen un elemento en común: el riesgo o la experiencia ardua que macera la personalidad. La atracción de Quiroga por estos valores conduce en *Los Desterrados,* a centrar la acción en una actividad constante bajo la agresividad del entorno y en la aparición de unos actantes consumidos por su permanencia en el trópico. No obstante, éstos siempre poseen unas vivencias personales importantes y en ellos surge una solidaridad peculiar, basada en el reconocimiento de la misma independencia de carácter.

La entrega a los ideales y la gratuidad del esfuerzo

Los presupuestos ideológicos fundamentales —libertad, rectitud moral, voluntad— son el origen y constituyen los ideales del autor de *Anaconda.* El ideal, ya sea sentimiento de libertad o de amor o de cualquier otro sentimiento espiritual, es siempre una pulsión interna, profundamente individual y asocial, y que en su conjunto crea la norma moral. Esta energía interior arrebata al hombre, pero, a su vez, éste tiene que vigilar para no caer en ninguna transigencia o contemporización. Quiroga cree que el interés o el autoengaño amenazan constantemente y esto es por lo que es necesaria una vida de esfuerzo y purificación constante. La búsqueda de la realización del ideal presupone la pureza de la entrega, lo que implica la aparición de la generosidad, la sinceridad y el no conceder importancia a las posibles circunstancias adversas como el sufrimiento y la muerte.

Siguiendo este modelo de actuación se consigue lo que más se anhela, su paz íntima y la transformación en un ser ejemplar; o lo que es lo mismo, se obtiene el ideal del hombre. En resumen, es preciso que este conjunto de tendencias modélicas sea la norma de conducta. El no entregarse al impulso del sentimiento provoca la pérdida de

las cualidades humanas y, por esta vía, sucede la degradación. Quiroga está proponiendo, en su caución a no constreñir la pulsión deseante por motivos de comodidad, interés o inseguridad, una forma de vida en la que yace una fuerte carga ascética; es este ascetismo el que exige una entrega incondicional, absoluta, a los ideales espirituales. Veamos cómo en el cuento «El potro salvaje», el autor define perfectamente el imperativo moral e insiste en que ningún límite debe restringir el impulso interior:

> (El potro) Corría, se estiraba; se estiraba más aún, y el redoble de sus cascos en la tierra no se podía medir. Corría sin reglas ni medida, en cualquier dirección del desierto y a cualquier hora del día. No existían pistas para la libertad de su carrera, ni normas para el despliegue de su energía. Poseía... un ardiente deseo de correr. De modo que se daba todo entero en sus disparadas salvajes —y ésta era la fuerza de aquel caballo—.[7]

En el párrafo seleccionado se aprecian un cierto número de vocablos que ponen de relieve el aspecto indeterminado, *no limitado,* del ideal: es la independencia absoluta respecto de todo lo existente. El hombre desde su subjetividad no puede poner límites a su impulso interior, debe aceptarlo y seguirlo. Esto implica un predominio de lo sentimental-irracional sobre lo lógico-racional. Quiroga establece una dicotomía tenaz entre una lógica del sentimiento y otra de la razón, que en otro nivel corresponde a la ruptura entre individuo y sociedad.

La dirección múltiple o su falta de dirección, como se subraya en las evoluciones del caballo, su completa autonomía respecto a «medidas, reglas, normas», las abiertas posibilidades que denotan los «cualquier», reflejan el carácter abstracto de su libertad, de su evasión a un enraízamiento social. Sustraído a la férrea imbricación de libertad y necesidad, el proceder quiroguiano no tiene sentido porque pretende tenerlos todos: no hay un sentido exclusivo, porque todos son posibles. Es decir, la única convicción es la de la infinita pluralidad individual; al más exigente dogmatismo de la voluntad sucede el relativismo más general. En este reino de la multiplicidad todos los seres, lógicamente, son iguales, la selva se convierte en el lugar de los enfrentamientos sangrientos, donde todos los actos tienen la misma dignidad: «... al oír los gemidos de hambre del cachorrito... sintió en su corazón herido que ante la suprema ley del Universo, una vida equivale a otra vida». «Tu corazón de madre te ha permitido salvar una vida del Universo donde todas las vidas tienen el mismo valor.»[8] Pero además, esta pluralidad de los caminos, este evadirse a una norma objetiva, se opone frontalmente a toda idea de organización, léase de sociedad. El concepto de límite evidencia el espacio en donde comienza a concentrarse ordenadamente la experiencia, a sistematizarse, donde la libertad es particular y general, abstracta y concreta. Quiroga está descartando con este concepto conjuntamente la actividad racional y la sociedad —para él, el ámbito de los límites, de la reducción del espíritu— y ambos conceptos están vistos de forma parcial, se les identifica unilateralmente con intereses egoístas, transigencias éticas o actividades mercantiles corruptas.

Por último, la ausencia de trabas, tan resaltada en «El potro salvaje» como en «La

[7] *H. Quiroga, «El potro salvaje», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 103.*
[8] *H. Quiroga, «Juan Darién», en* El desierto *(Buenos Aires: Losada, 1974), p. 126-7.*

patria» —por tanto, lo indefinido, lo *incondicionado*—, está expresando, otra vez, la actitud del Quiroga intelectual: la falta de compromiso ideológico o social, su no pertenencia a un proyecto comunitario inserto en un acontecer histórico. En «La patria», se encuentran las mismas conclusiones y argumentos. El tema del cuento gira sobre la creación de una patria artificial por las abejas en el seno de la selva, fruto, reveladoramente, de un acto de imitación del saber de los hombres. Esa nación impura vuelve sedientos a los animales («sed de ideal») y tristes. El soldado es quien les muestra su error: los animales habían puesto límites a la selva, el país abierto por excelencia, al que Quiroga frecuentemente llama «la selva sin límites». Las fieras del bosque recuperan su felicidad al serles devuelta su selva infinita, pero el discurso que pronuncia el soldado expone las causas generales de este error:

> Es la fría razón, quien confina y reduce el amoroso concepto de patria en los sórdidos límites de la conveniencia. La fría razón es exclusivamente la que nos indica la utilidad de la frontera, de las aduanas, de los proteccionismos, de la lucha industrial. Ante la razón, el concepto de patria se confina en el proficuo marco de sus fronteras económicas. Solamente la fría razón, es capaz de orientar la expansión de la patria hacia las minas extranjeras... Pero esta patria ahoga el sentimiento.[9]

En «El potro salvaje» y en «Los tres besos», se unifican los signos caracterizadores de la sociedad con los rasgos negativos de la personalidad. Es decir, relajamiento de los preceptos morales y abandono de los ideales espirituales, se conecta con lujo, riqueza, honores, pragmatismo, etc. Este enfrentamiento individuo ⟷ sociedad puede ser interpretado como una de las herencias modernistas de nuestro autor. El valor del hombre no es comprendido por «la gente» y sólo lo reconocen cuando ya ha desaparecido. Esta contraposición no es más que una pequeña parte de un esquema más general que podría concretizarse en el binomio idealismo ⟷ materialismo. La oposición tal como se da en los cuentos puede quedar reflejada de este modo:

Hombre degradado	*Hombre valioso*
(Sociedad) (Sin ideal)	*(Con ideal) (Naturaleza)*
riquezas mundanas	valores espirituales
actitud calculadora	actitud espontánea
razón (lógica)	corazón (sentimiento)
facilidades	sufrimientos
insensibilidad sentimental	deseo
utilidad	pureza (gratuidad)
contemporización	inflexibilidad

Toda la filosofía de entrega a los ideales está relacionada con la valoración del esfuerzo gratuito que es, por añadidura, una crítica de la actitud mezquina y calculadora. Resulta evidente en distintas secuencias de la acción, el predominio de la aventura, del proceso del trabajo, de la superación de fases, sobre su éxito práctico. En cierta forma, se deja ver que los personajes están por encima de los resultados prácticos o crematísti-

[9] *«La patria», pp. 122-3.*

cos; es la señal de que se busca algo más meritorio en la actividad. Si sabemos que todo esfuerzo está dirigido a la creación de un carácter —a la consecución de un ideal, al menos hipotéticamente— todo acto tiene una dimensión moral que sobrepasa el fin utilitario; en cambio, se destaca lo que tiene de tesón, voluntad, generosidad, exigencia personal. En «Los fabricantes de carbón» encontramos muestras de lo anteriormente dicho. El gesto, el acto, de unos personajes que impresionan vivamente por su recia personalidad y por su madura aceptación de los embates de la realidad. Tanto en el fracaso como en el momentáneo éxito, su actitud es la misma: una cierta indiferencia, una exclusiva satisfacción callada de su trabajo, al que la enfermedad de la niña ha hecho doblemente arduo y valioso. Entre la victoria primera y la derrota última, su imagen queda caracterizada por rasgos similares:

> Al ver esto, los dos hombres se sentaron a fumar sin decir nada, mirando aquello con aire más bien distraído —el aire de hombres de carácter que ven el éxito de un duro trabajo en el que han puesto todas sus fuerzas.

Y en el momento del fracaso dicen:

> —¡Bah! —repuso Rienzi al rato—. Hemos hecho lo que debíamos hacer. Con un cosa concluída no nos hubiéramos dado cuenta de una porción de cosas.
>
> Y tras una pausa:
>
> —Y tal vez hubiéramos hecho algo un poco *pour la galérie...*
>
> —Puede ser —asintió Dréver.
>
> La noche era muy suave, y quedaron un largo rato sentados fumando en el dintel del comedor.[10]

Además de la actitud compartida por los dos hombres que tranquilamente contemplan su obra fumando silenciosos, está el desprecio de que el triunfo de su empresa logrado sin su esfuerzo no tendría mérito. El resultado crematístico es reemplazado por la satisfacción de lo correcto de su actitud.

La misma idea de que lo sobresaliente es el empeño y de que los resultados prácticos poseen un valor ocasional, aparece en «La voluntad», en donde sólo tiene relevancia la lucha personal: «Yo conocí una vez a un hombre que valía más que su obra. Emerson anota que esto es bastante común en los individuos de carácter».[11]

Los ejemplos son numerosos pero puede seleccionarse todavía el cuento «Los pescadores de vigas», en el que la asombrosa prueba del indígena Candiyú sirve sólo para lograr algo tan desproporcionado —arriesgar la vida pescando una viga en el Paraná a cambio de un fonógrafo— que, en realidad, lo que se quiere subrayar es la actitud valerosa y el objeto tan nimio para tan «noble material» y «feroz voluntad». Este es además uno de los instantes en que aparece el esfuerzo por sí mismo, reconcentrado por un momento en toda su belleza, el acto en sí. De nuevo, moral y belleza se enlazan, como más claramente, todavía, se manifiesta en el cuento «En la noche», la tenacidad de la esposa del bolichero conlleva lo virtuoso por ser la pura expresión de un ser: «me pregunté qué cantidad de ideal hay en la entraña misma de la acción, cuando prescinde

[10] *H. Quiroga, «Los fabricantes de carbón», en* Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), pp. 70 y 78.*
[11] *H. Quiroga, «La voluntad», en* El salvaje *(Buenos Aires: Losada, 1963), p. 53.*

en un todo del motivo que la ha encendido.»[12] En este sentido la acción corre el peligro de caer en el formalismo, dado que por sí sola produce una virtud, seccionada de sus causas concretas. Esto lleva a considerar el sentimiento a la luz de la acción y, por lo mismo, el hombre tiende hacia la realización de una vida de actividad ilimitada. Por ello es decisivo insistir en la importancia que contiene la realización de Quiroga como hacedor y experimentador arriesgado.

En un número no desdeñable de los cuentos misioneros hay un hecho que se repite aparentemente sin mayores consecuencias: la falta de medios y la rusticidad de los medios que emplean. Para mejor reflejar la relación cercana entre labor y lucha personal, se introducen unos personajes que siempre trabajan a pesar de la escasez de herramientas y armados, ante todo, con su tesón e ingenio. Esta actividad necesariamente simple, no hace más que resaltar el papel central del sujeto; el trabajo manual está potenciando una mayor expresión personal. En «Los destiladores de naranja» o «Los fabricantes de carbón» este detalle es fácilmente comprobable. Pero además, esto entraña un concepto de trabajo no sofisticado. El autor aboga por una prioridad de las luces naturales del hombre, por sus capacidades más elementales. Actividad artesanal que busca no depender de algo que el propio operador no haya experimentado. Es decir, no necesita de una acumulación de conocimientos. En el corazón mismo de esta actitud se encuentra de nuevo el rechazo de lo racional, puesto que se pretende una reducción de la actividad intelectual a su nivel más simple, a una práctica material en la que el pensamiento no tenga posibilidades de llegar a niveles muy abstractos. Cualquier procedimiento más allá de una comprobación directa genera en Quiroga una suspicacia inmediata. Lo natural es lo sencillo, la sociedad es lo sofisticado. Todo lo que requiere elaboración o es fruto de ella es signo de artificialidad y, consecuentemente, de postura moral equivocada.

En «Polea loca», el protagonista se ha marginado de la sociedad y desarrolla una labor de características manuales. Su preocupación se centra en la solución de un problema «natural»: a pesar de haber comprado un cacao de inmejorable calidad y de haber vigilado todas las faenas de elaboración, el chocolate resulta «una cosa imposible». Este mismo personaje vuelve a rehusar lo artificial cuando muestra las condiciones de su dormitorio, en el que el mosquitero ha sido sustituido por las telarañas que cientos de estos insectos han tejido, construyendo, de esta manera, un mosquitero natural: «¿Ahogarme?... No, lo que ahoga es lo artificial, el mosquitero a cincuenta centímetros de la boca... Y hay... una especie de descanso primitivo en este sueño defendido por millones de arañas...»[13].

El trabajo debe poseer una característica de humildad, de transparencia; debe ser prueba diáfana de un espíritu, el hombre tiene que reconocerse en su obra. Lo elaborado que se apoya en una especialización, supone una parcialización y una dependencia del ser humano de otros, al tiempo que, exige una estratificación social, una organización que se escapa al individuo. El afán de nitidez atraviesa toda la obra de Quiroga, desde su preocupación por depurar su prosa, a la de construir una canoa o una choza.

[12] *H. Quiroga, «En la noche», en* Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), p. 95.*
[13] *H. Quiroga, «Polea loca»,* en Anaconda *(Buenos Aires: Losada, 1975), p. 138.*

Su suspicacia hacia toda complejidad teórica o conceptual se comprueba claramente en *Polea loca* y *La patria,* en donde la matemática y la filosofía son calificadas negativamente por su carácter intrincado. En el primero de los cuentos, el personaje ya conocido quiere ser el vigilante de las cuentas de la administración que lleva su secretario. Aquel está descrito positivamente con comparaciones al campo de la naturaleza, mientras que el segundo tiene un aire desagradable, huraño y antipático. El joven gobernador va anulando sistemáticamente toda multiplicación y obliga a su secretario a que efectúe las cuentas por medio de sumas. No permite procedimientos que no sean elementales, accesibles y comprobables por cualquiera. El grado de mayor abstracción matemática indica peligro de mistificación y engaño:

> Hay yo no sé qué cosa de brujería y sofisma en las matemáticas, que me da escalofríos... Me resultan diabólicos esos números sin ton ni son que se van disparando todos hacia la izquierda... Y así continuó el arreglo de libros, el secretario... empeñado en multiplicar al margen del papel y su jefe deteniéndolo con la mano para ir a una cuenta clara y sobre todo honesta. [14]

En el segundo cuento, la preocupación de las abejas por la «sabiduría», las conduce a posturas éticas equivocadas: presunción, complejo de superioridad, saber artificioso e inútil, además de «pasarse la vida preocupadas por su super-animalidad y el creciente desprecio a los demás habitantes de la selva». [15]

La crítica de la sociedad

Ya se ha ido viendo cómo la cosmovisión quiroguiana va estructurando a distintos niveles una serie de oposiciones entre el individuo y la sociedad o entre ésta y la naturaleza. En la raíz de esta crítica al sistema social se halla la negación de la actividad racional. «La fría razón», como la llama el autor, es colocada como principio organizador de la sociedad; aquélla al no estar «calentada por el sentimiento» ha sustituido los ideales de libertad, solidaridad e igualdad por sus contrarios. H. Quiroga practica una reducción del principio racional al identificarlo con aspectos deshumanizados o utilitarios de la estructura social del capitalismo de principios de siglo. A lo largo de sus cuentos se puede ir recogiendo una trayectoria en la que critica el concepto de progreso, recala en el tema de la uniformidad del individuo y concluye en la artificiosidad de las actitudes morales de la vida social.

De forma taxativa, el escritor uruguayo expone en término muy acentuados, su protesta de los valores colectivos hasta el punto de querer negar su misma formación, llegando hasta el extremo de rechazar a la sociedad en todo lo que tiene de progreso y perfección. Esta reacción de índole irracional muestra el curso de la historia como evolución degradada y no como proceso superador de contradicciones, por consiguiente, de perfección. Su convicción del movimiento histórico hundiéndose en la barbarie, revela la crisis de su pensamiento, incapaz ya de comprender la realidad y que sólo sabe

[14] *«Polea loca», pp. 139-40.*
[15] *«La patria», p. 114.*

entregarse a una condena absoluta. Las observaciones del personaje de *El salvaje* son inapelables:

Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que yo era y sabía, y lo que eran y sabían los hombres... Desde miles de años la especie humana va al desastre. Ha vuelto al mono, guardando la inteligencia del hombre. No hay en la civilización un solo hombre que tenga un valor real si se le aparta. Y ni uno solo podría gritar a la Naturaleza: yo soy. [16]

La alternativa que propone es una vuelta a los orígenes, a la naturaleza considerada como mundo de la pureza e ingenuidad. Este retorno permite el pleno desarrollo de la personalidad, al tiempo que posibilita el sueño de un nuevo tipo de comunidad. Pero este volver a lo primigenio debe ser interpretado en lo que tiene de inapelable raíz histórica. Lo que Quiroga está queriendo recuperar, en realidad, es el estadio primero del liberalismo, el tiempo en que las instituciones burguesas modernas no habían generado las condiciones de injusticia social tan exageradas. Por otra parte, en su rehusar los méritos de la razón hay que descubrir la herencia de los vanguardismos de fin de siglo europeo, de los que el modernismo actúa como receptáculo y propagador. Finalmente habría que tener presente una producción filosófica de gran empuje, contemporánea del autor. Las concepciones quiroguianas podrían estar recogiendo ese «retorno del individuo sobre sí mismo». Es significativo registrar en estos filósofos, la misma expresión del escritor sudamericano: «el racionalismo frío». [17]

Una vez más es en *Polea loca* donde aparecen concentradas algunas de las críticas de Quiroga al sistema social. La acción se sitúa en una zona tan lejana del mundo civilizado que le confiere un aspecto de utopía, la lejanía tradicional de este tipo de narraciones. En el cuento se ha seleccionado una de las facetas más negativas de la sociedad, como es la organización burocrática. El autor, de acuerdo con esto, define a todo el entramado social como una enorme máquina «con engranajes, poleas y correas» en la que todo funciona, a primera vista, acompasadamente: «La maquinaria es maravillosa. y cada hombre es una rueda dentada, en efecto.» La crítica de Quiroga está retomando los motivos conocidos de la deshumanización, de la despersonalización de las relaciones, del hombre convertido en instrumento, que sufre una alienación de su vida, dado que el sistema social es de una artificialidad máxima.

Una última ilusión de una ideología optimista confiaba en que la actuación de cada uno sería importante para la totalidad, lo que entraña responsabilidad y necesidad de su presencia en la comunidad. No obstante, Quiroga va más allá y sostiene que pensar así es una ilusión. Por el contrario, todo el fantástico engranaje funciona de modo impersonal. Es ya un proceso que se ha escapado al dominio de sus creadores, los ha suplantado. Es una vez más la historia del aprendiz de brujo, en la que se transparenta la idea de la cosificación, del hombre vuelto instrumento o mercancía, carente de la dignidad primera, privado de su autonomía. El hombre ya no tiene valor por sí mismo, sino por unos falsos atributos, sobreimpuestos y extraños a su misma esencia primera. Es por esto que no puede «gritarle a la Naturaleza: yo soy». El ser humano ya no es

[16] *«El salvaje», p. 9.*

[17] *G. Lukács,* La crisis de la filosofía burguesa *(Buenos Aires: Editorial La Pleyade, 1970), p. 41. Es necesario insistir, además, en la decisiva influencia de R. W. Emerson (carácter, responsabilidad compensatoria).*

irreemplazable en su particularidad, ahora se reduce a una rueda cuya incidencia es tan nula para ese mecanismo fantasmagórico llamado sociedad, que este puede prescindir de él. Incluso Quiroga acentúa esa visión alucinada del aparato estatal cuando le niega la existencia de un orden, es una gran máquina que alberga el caos más intenso, el desorden más frío e irracional. El error, para el protagonista, parte de creer que todo está exactamente engranado y en el que «el tropiezo de una minúscula rueda dentada es capaz de detener todo el maravilloso mecanismo». Contrariamente, toda la estructura gira en el vacío, cientos de gentes son innecesarias «y podrían detenerse algunas centenas de ellas sin trastorno alguno».

La contradicción de Quiroga con su sociedad le lleva a considerar la naturaleza como la realidad verdadera y auténtica. Teniendo presente esta evolución, es preciso anotar que él nunca cambia de espacio teórico, es el mismo que hereda de la sociedad; sigue manteniendo la dicotomía campo-ciudad, según el planteamiento tradicional, sólo que él invierte la posición de los términos. Para la civilización, el campo es la barbarie, el atraso, en cambio, para el escritor es lo auténtico, lo vital. En este sentido resulta comprensible su impasse y su reacción al intensificar la valoración de los aspectos que la sociedad destituye. Es decir, en vez de buscar la razón de su existencia en la multiplicidad de nexos con los demás hombres, intentará conseguir una relación abstracta con sus semejantes por medio de una metafísica de los ideales: unión sentimental con sus semejantes. Esta teorización de la afectividad es un intento de dotar a los valores individuales de una proyección más amplia, de romper con el enclaustramiento de la soledad personal que viene a poner de manifiesto su intermitente nostalgia por la sociedad perdida. No obstante, hay que considerar dos planos: lo que él afirma directamente, unión sentimental de los hombres al margen de la sociedad, y lo que anhela secretamente: pretensión de que volvieran a regir los valores éticos para todos. Por añadidura, esta fraternidad basada en el amor y en los ideales sitúa los princios éticos gobernando la realidad humana. Así dice en *La patria:* «La patria, hijo mío, es el conjunto de nuestros amores.» y «Y sólo él (el hombre virtuoso) puede comprender la dichosa fraternidad de cuanto tiene la humanidad de más noble...» Los seres humanos, encerrados en su individualidad, se relacionan no por causas concretas sociales o históricas, sino por sus espíritus. El narrador dice en el cuento anterior de forma añorante y decepcionada, como lo demuestra la frase no concluida: «La patria de ustedes no es este pedazo de monte... es la selva entera. Así como la patria de los hombres...», es el mundo, habría que completar.

En «Juan Darién» se registra otro alegato contra el mundo urbano. La idea del escritor se apoya en un motivo que aparece en los cuentos infantiles: el de la armonía o comunicación entre hombres y animales, sólo que en el desenlace de este cuento-apólogo se quiebra este sueño inmemorial. El acto de la madre de cuidar al cachorro de tigre está conducido por el sentimiento, arrebatado por el ideal que fluye de un espíritu generoso. La figura arquetípica de la madre revela que ese acto pudo ocurrir gracias a los impulsos naturales, ella fue guiada por un acto del corazón, siguiendo un instinto original. Este acto es anulado por las gentes de la aldea, rompiendo el vínculo ideal, amoroso, y reafirmando el reino desnaturalizado de la sociedad. Sólo los actos más nobles son realizados individualmente.

Valoración de la naturaleza

Como ya se ha expuesto, en su basculación hacia el mundo natural Quiroga busca una realidad que le permita actuar según su norma moral. Su constante contradicción estriba entre su objetiva condición de ser social y su deseo de substituirla por la de ser natural. En *El salvaje* se plasma un recorrido ideológico que el autor formula, lógicamente, en claves narrativas; el cuento plantea la dualidad constitutiva del hombre. El motor de su evolución hacia lo natural es el deseo, el impulso deseante: «Durante meses y meses había deseado ardientemente olvidar todo lo que era y sabía», «En una palabra, había regresado a las eras pasadas por obra y gracia de mi propio deseo», «el monstruo surgido de las entrañas muertas de la tierra por el deseo de ese mismo hombre». Este proceso está acompañado de una voluntad ferviente de deshacerse de todos los atributos sociales y olvidar todo lo que es saber, civilización, producción intelectual. La recuperación de la condición original le devolvería la autonomía por la que bastarse a sí mismo, se poseería plenamente. En resumen, Quiroga establece esta regla del individualismo extremo: el ser autosuficiente; todo el significado de su existencia se encontraría en ella misma. En otras palabras, se quiere llegar a una vida que diese razón de sí por el mismo hecho de vivir: «Día tras día iba rastreando en mí la profunda fruición de la reconquista, de la regresión que me hacía dueño absoluto del lugar que ocupaban mis pies... La vida que me animaba era mía exclusivamente.» [18]

Este retorno a los orígenes propone que en ese mundo inicial, que sigue siendo la selva, se halla la identidad perdida. Mientras el protagonista está en el período de purificación de su herencia social, un retorno absoluto parece posible —por más que signos premonitorios surjan: la sed del nothosaurio; la escena rodeada de símbolos extraídos de las cosmogonías primitivas: la lluvia; la noche significando el lado oscuro del inconsciente y del sueño, esa zona arrebatada a la realidad empírica. Sin embargo, desde el momento en que se vuelve hombre primitivo, el protagonista se convierte en un salvaje dominado por el terror, el hambre y la violencia; la esperada armonía se ha transformado en una lucha brutal. Este «salvaje» guiado por necesidades elementales, es un ser cualitativamente disminuido, falto de la independencia requerida. Vive en una inconsciencia instintiva que contradice uno de los principios fundamentales del autor: la capacidad de decir, yo soy. De este modo, el escritor concluye en que ese retornar al estadio primigenio tiene que contar obligatoriamente con el postulado de la autonomía personal. Los dos extremos del proceso son negativos, al final del trayecto natural aguarda la degeneración primitiva, al final del trayecto social, la degradación ética. Por tanto, lo correcto debe ser un estadio de integración con la selva pero guardando los rasgos del hombre de carácter; en otro registro, la frontera de Misiones, estadio intermedio, alejado de la sociedad y al borde de la selva. No obstante, Quiroga siempre tendió hacia la mayor integración posible con la naturaleza, hasta llegar a ser un órgano más de este vasto dominio, y, probablemente, este es el aspecto más llamativo de su producción y vida. En una carta a E. Martínez Estrada confiesa: «Sólo veré mañana o pasado en el sueño profundo que nos ofrezca la naturaleza, su apacibilísimo descansar... No hago

[18] *«El salvaje», p. 9.*

más que integrarme en la naturaleza, con sus leyes y armonías oscurísimas, aún para nosotros, pero existentes.» [19]

La conflictiva tensión dual se refleja en otros aspectos, como puede ser el rol de los instintos. La investigadora Annie-Boule Christouflou menciona la progresiva situación crítica de Quiroga entre su deseo de «naturalizarse» y su inevitable legado cultural:

> Quiroga declara que esta pasión que le movía irresistiblemente, como si fuera perro de jauría, a perseguir y matar animales... le hacía sentirse como un «instrumento de sus ancestros redivivos al contacto del medio salvaje»,... Pero después de matar, Quiroga se batía en otra lucha más cruel: entre ese instinto primitivo y su conciencia. [20]

El sentirse poseído por un instinto ancestral, al tiempo que choca con su conciencia, es parte de la fusión con el todo orgánico, se siente inmerso en un esquema mítico, se cree representante de la especie, como afirma el protagonista de *El salvaje*: «Comenzaba a sentirme, nebuloso aún, el representante *verdadero* de una especie» Quiroga vuelve a valorar lo que en el hombre pertenece a su procedencia natural.

Este mismo problema está visto desde otra óptica en *El león*. Aquí, la transmisión biológica de la fortaleza natural de la especie, resulta ser más poderosa que los obstáculos alzados en su camino. Los cachorros no han heredado la degradación a la que su padre, el león, ha sucumbido al vivir en la sociedad. Quiroga confía en que la pureza y energía de la especie es capaz de superar la degradación. La vida puede recomenzar de nuevo, con toda su pureza original.

La muerte omnipresente

La muerte ocupa una plaza decisiva en la ideología del autor. Aparece insistentemente como desenlace y como cuerpo mismo del relato: «A la deriva», «El hombre muerto», «La insolación». Esta situación límite puede interpretarse desde la óptica del hombre de acción y de su individualismo constitutivo. Ya Lukács apunta que fue E.A.Poe el primero en representar la situación enfrentada entre hombre y muerte, y el conjunto de actitudes que surgen de esta confrontación, y cómo es Dostoiewsky el que da forma definitiva a estos problemas en el plano novelístico. La influencia de estos dos narradores en H. Quiroga es harto conocida, siendo fácilmente comprobable en sus cartas.

La noción de este destino mortal origina dos aspectos de una misma concepción. El primero podría llamarse «la muerte consciente», el personaje la asume por un acto de conciencia o queda inserta de manera «homogénea» en su existencia debido a su modo de actuar en la vida. Las variaciones de este primer tipo provienen de cambios formales, bien sea que el narrador nos da a conocer desde cerca el proceso final, o si, manteniéndose en la distancia, nos comunica el hecho ya cumplido, y los comentarios del narrador o de otros personajes, por ejemplo, son los encargados de aportar el significado explícito.

[19] *Citada en Emir R. Monegal, «En Misiones con los Desterrados», en Angel Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), p. 233.*

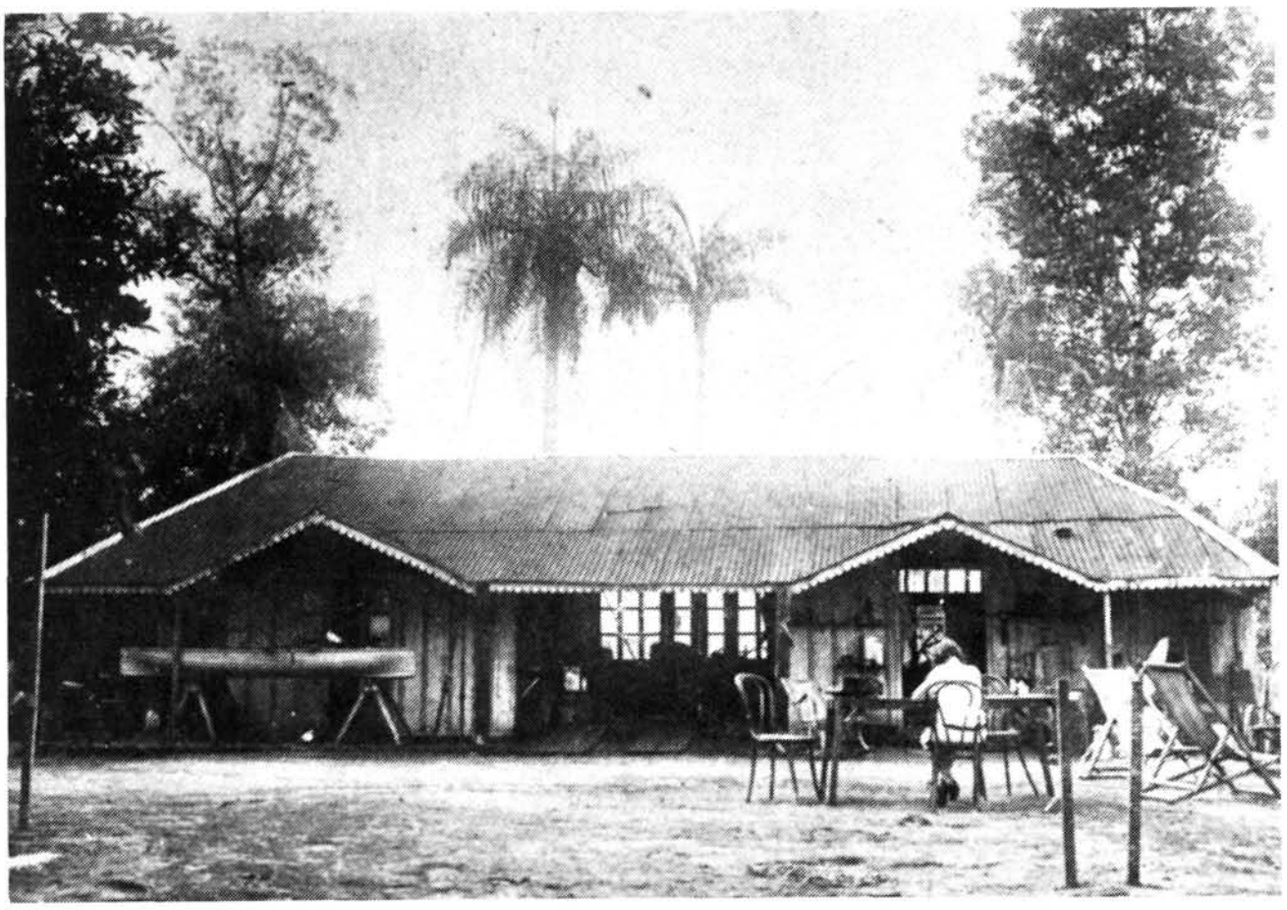
[20] *Annie Boule-Christouflou, «La selva y sus conflictos. Los animales», en A. Flores,* Aproximaciones a Horacio Quiroga *(Caracas: Monte Avila, 1976), pp. 125-6.*

Lo que se expresa en esta clase de cuentos, *El desierto* o *Van Houten,* es la muerte no como ruptura que acontece en el fluir de la existencia, sino como hecho que guarda una continuidad o conexión con la vida. Aquella sobreviene como episodio final de un camino arduo, de formación exigente de la personalidad: el personaje puede mirar la nada a la que se asoma con la misma seguridad y lucidez con la que se enfrentó a las adversidades de su evolución vital. De esta manera, como dice Lukács, el individuo alcanza su propia muerte; cada ser con estas características la recibe de forma exclusiva, intrínseca a él y sólo de él. Es, efectivamente, un intento de Quiroga por particularizarla, de reducirla en su generalidad anónima. En definitiva, es el deseo de seguir siendo único hasta en el hecho desindividualizador por excelencia. El protagonista de *El desierto,* Subercasaux, tiene conciencia de estar situado ante su desaparición; después de una vida de trabajo y esfuerzo, se enfrenta responsablemente a ese último instante: «Hízose en su interior un gran silencio». Esta misma coherencia se da en *Van Houten* (como dato significativo hay que recordar que Van Houten existió realmente y Quiroga lo hace morir en el cuento, cuando aún no lo había hecho en la realidad). La muerte aparece en esta ocasión como acontecimiento consumado, pero los comentarios del narrador y el comportamiento del protagonista nos dan la clave del por qué se le hace morir ahogándose en el río, llevado de su firme determinación y confianza en sus actos. El segundo tipo acontece cuando el escritor acentúa el papel de la voluntad de la naturaleza. La muerte irrumpe signada por su carácter ilógico, irreductible a un marco explicativo, azar que se abate disimétricamente: *A la deriva* o *El hombre muerto*. Si en Quiroga la vida en el espacio natural se distingue por la lucha de dos voluntades: la humana y la selvática, en estos cuentos hay que ver —en relación al modo de ocurrir la muerte— que el acento está puesto en mostrar la voluntad natural, que adquiere ahora un rol destacado. Si, en el primer caso, la voluntad humana, a pesar de ser vencida, englobaba o superaba ese momento trágico; ahora se equilibra, en un mismo relato, con lo no-humano que aparece más claramente actuando en el marco de la subjetividad. Los personajes continúan luchando hasta el fin llevados de su norma acostumbrada. El relato quiroguiano, con su conocida impersonalidad y distancia, se sitúa en la intimidad del proceso del personaje, al tiempo que se manifiesta la presencia de esa voluntad exterior en la implacabilidad del discurrir de los hechos. Es decir, le interesa tanto mostrar la actitud en los momentos finales, como el predominio de lo externo. Los personajes son seres que sucumben no sin dejar testimonio de su resistencia, aunque, en última instancia, hay una aceptación austera, un dejarse engranar en el magno acontecer. Con frecuencia, a través de su actitud aparentemente tranquila, se aprecia el dominio de sí mismo. En *A la deriva,* desde el comienzo surge la lucha, proseguida por la sangre fría del personaje, la seriedad con que afronta el peligro cierto, su terrible fuerza de voluntad para superar la tesitura: «Pero el hombre no quería morir...,» «El hombre con sombría energía...,» «El hombre tuvo aún valor para llegar a su canoa...,». Con la descripción natural se inicia la parte del cuento en la que Paulino, el protagonista, es ya un moribundo. En el último tercio hay una frase que lo distancia claramente. La óptica narrativa se desplaza a un punto muy elevado, por un procedimiento calculado de ascensión que suavemente permite una toma desde esa gran altura: «Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente...»[21] Por un momento Quiroga nos muestra desde el en-

foque superior, ese otro principio que parece ya dominar la escena. Es un recurso apropiado que nos permite ver la canoa, y no el hombre, en la corriente, rodeados por la naturaleza. Sólo queda ante la vista esa realidad solitaria en la que se siente la voluntad natural vencedora.

En conclusión, la matriz ideológica hombre-naturaleza puede destacar dos actitudes principales: el acto de conciencia superadora o la decisión de no ceder, de reaccionar como aquél ha hecho siempre. Son dos actos de voluntad que parten de una concepción vital común.

L. Martul Tobío
Kathleen N. March



El bungalow de Quiroga en Misiones

[21] *H. Quiroga, «A la deriva», en* Cuentos de amor de locura y de muerte *(Buenos Aires: Losada, 1972), p. 63.*